

Apresuré los preparativos de mi viaje, y casi no me quedaba que hacer otra cosa que subir al coche, cuando dos palabras de M. de Villele me hicieron saber que M. de Montmorency había presentado su dimisión. M. de Villele me ofrecía la cartera vacante, por orden del rey. Pasé aquella noche en una agitación increíble, y en la mañana del 26 escribí á M. de Villele la siguiente carta:

«Mi querido amigo: la noche da consejos: no es conveniente para vos ni para mí que yo acepte en estos momentos la cartera de Negocios Extranjeros. Vos habéis sido siempre muy bueno para mí, al paso que no siempre he debido hallarme satisfecho de M. de Montmorency, pero al fin pasa como amigo mío, y sería en mí algo desleal el tomar su cartera, especialmente despues de los rumores que han circulado, pues no se ha cesado de decir que yo quería derribarle, que intrigaba contra él, etc., etc. Si hubiese permanecido en un rincón del ministerio, ó el rey le hubiese dado un inmenso retiro, como el empleo de *Montero Mayor*, las cosas cambiarían de aspecto; pero aun entonces quedarían en pie nuevas dificultades.

Sabéis; mi querido amigo, cuán adicto os soy; tengo la fortuna de serviros con bastante eficacia cerca de esa fracción realista contraria á vuestro sistema. Yo los calmo, detengo y enfreno, mediante la confianza que tienen en mí, dentro de los límites de una justa moderación; pero perdería inmediatamente toda mi influencia, si entrase en el ministerio sin traer conmigo dos ó tres hombres, de esos á quienes es fácil desarmar, pero que serían en extremo peligrosos en la próxima legislatura, sino podéis arreglarlos con ellos. Creed, mi querido amigo, que el momento es crítico. Podéis manteneros veinte años en el puesto que ocupáis, y elevar la Francia al mas alto grado de prosperidad, ó podéis caer antes de dos meses y volver á hundirnos en el caos. Esto depende enteramente de vos y del partido que vais á tomar. Yo os suplico, en nombre de la amistad y de mi lealtad política, que aprovecheis la ocasión que se presenta para consolidar vuestra obra. Por lo demás, apruebo mucho que toméis la cartera de Negocios Extranjeros, como la tenéis, *interinamente*. Esto os dará el tiempo necesario para venir y arreglar los negocios. Debo también deciros con franqueza que hay un ministro de Negocios Extranjeros que podríais elegir, á cuyas órdenes yo no podría servir, y mi dimisión sería un gran mal en estos momentos. Hé aquí, mi querido amigo, una parte de las mil cosas que tengo que deciros. Nos veremos y hablaremos. Estad, por lo demás, persuadido de la verdad de que mi suerte política está unida á la vuestra, y que con vos continuaré en mi puesto ó caeré.»

En cambio de esta carta, M. de Villele me envió el siguiente billete:

«He recibido vuestra carta, mi querido Chateaubriand, y no puedo decidirme á presentarla al rey, antes de haberos visto; ¿podéis recibirme un momento antes de una hora?»

Vuestro de corazón,

JOSÉ DE VILLELE.»

Ví á M. de Villele, y le hice todas las reflexiones que me parecieron á propósito para decidirle á dejarme marchar. Fué á ver al rey, y este me envió á llamar; habló conmigo mas de una hora, habiendo tenido la bondad de instarme, yo me resistí respetuosamente, pero concluyó diciéndome: «Te mando aceptar.» Obedecí, pero con un verdadero disgusto, porque en el acto conocí que el ministerio sería mi muerte. El martes 1.º de enero de 1823, pasé los

puentes, y fui á acostarme en ese lecho ministerial que no estaba hecho para mí; lecho donde apenas se duerme y donde se permanece poco.

Es, pues, falso que hubiésemos deseado la caída de M. de Montmorency. Al ir á tomar mi pasaporte para Londres, hallé en el ministerio de Negocios Extranjeros á M. Bourjot, y le dije que aunque se hablaba de mí para ministro, estaba todavía lejos de haber accedido á reemplazar un hombre del mérito de M. de Montmorency. Todo cambio en el personal de los negocios ocasiona disidencias, pues el ministro que sale tiene partidarios que hablan mal del que entra. Esto es muy sencillo y solo interesa á los dos ministros, al paso que el público ó no se ocupa de ellas, ó se rie de estas miserables rivalidades. No conservo el mas ligero recuerdo desagradable de todo lo que entonces pudo decirse; yo me proponía únicamente probar que mi respeto á M. de Montmorency había sido tan grande y completo como podía serlo. El duque de Mathieu era, como yo, superior á todas estas declamaciones políticas, y lo demostró. Anunciándome en una carta de 1821 que había sido nombrado ministro de Negocios Extranjeros, me decía: «Debeis dar crédito al sincero afecto del hombre que hace mucho tiempo os es fiel, y que no puede menos de agradecer la manera con que muchas veces le habeis favorecido.» El 27 de febrero de 1823, dos meses despues de mi entrada en el ministerio, me escribía: «Yo no quiero esperar, noble vizconde, el primer día en que tenga la seguridad de hallaros, para daros gracias por la manera favorable en que habeis hablado de mí en vuestro gran discurso. He llegado por desgracia demasiado tarde para oírlo, y acabo de leerlo con el mayor interés. Habeis estado especialmente oportuno en lo relativo á la Inglaterra, y este es un punto esencial.

Por lo demás, para contemporizar con los intereses de este lado, como de todos los demás, permitidme os diga que espero ser tambien de vuestra opinión: «*Demonos prisa á obrar respecto de España.*»

### XXXVI.

Luis XVIII.—Su poca inclinacion hácia mí.

M. de Villele, al ofrecirme el ministerio de parte del monarca, se había expresado con una amistad modesta, porque lejos de hallar á S. M. inclinado en mi favor, le había costado un gran trabajo determinar su voluntad; los reyes no tienen mas atractivo para mí que el que yo tengo para ellos; les he servido como mejor he podido, pero sin interés y sin ilusiones. Luis XVIII me aborrecía, porque tenía respecto de mí, envidia *literaria*. Si no hubiera sido rey, hubiera sido miembro de la Academia, y se hubiera mostrado dócil al espíritu de antipatía de los clásicos contra los románticos. Su magestad me conocía poco; yo le cedía voluntariamente la Palma, pues nada disputo á nadie, ni aun á un poeta porta-etro; no conozco á literato alguno detrás del cual no me sienta muy sincera y humildemente dispuesto á eclipsarme.

No obstante, conseguí agradar al rey mas allá de lo que hubiera podido pensarse, y de tal manera, que llegué á causar miedo por mi crédito á mis colegas. Su magestad se dormía con mucha frecuencia en el consejo, y tenía mucha razón, porque si no dormía relataba historias. Tenía un admirable talento mimico, lo que no gustaba á M. de Villele, que quería ocuparse de negocios. M. de Corbiere ponía sobre la mesa sus codos, su caja de rapé y su pañuelo azul; los demás ministros escuchaban silenciosamente. Yo no podía menos de divertirme con las relaciones del rey, y él, por su parte, se alegraba visiblemente de ello. Cuando advertía su buen éxito, antes de empezar una historia, buscaba una excusa y decía: «Voy á hacer reír á M. de Chateaubriand;» y en efecto, yo era en

dad estos casos un cortesano tan natural, que me reía como de real orden.

Por lo demás, M. de Villele no logró que S. M. me eligiese, sino porque apenas tenía mas inclinacion hácia M. de Montmorency que hácia mí. Entre nuestros reyes, es una tradicion la desconfianza de los nombres; desconfianza que se trasmite de reinado en reinado; su tenaz memoria se acuerda de las guerras de los grandes vasallos; alquilan á los nobles como criados, porque les quieren en su guarda-ropa, y les temen en sus consejos.

M. de Montmorency disgustaba á Luis XVIII por su vida antigua y por su vida nueva, por sus opiniones pasadas y por sus virtudes presentes.

### XXXVII.

Historia de las sociedades secretas en Francia.—Programa del ejército de los hombres libres.—Todos los partidos han tenido emigrados.

No bien me ví instalado en el ministerio, volví á las ideas que me habían preocupado en Londres y en Verona, y resolví procurar la estabilidad de la restauracion y la grandeza de la Francia, pues me hallaba en un puesto en donde podía obrar con eficacia. Como hombre de conciencia, y queriendo asegurarme á fondo de la justicia de la causa, me dediqué á estudiar los hechos y los acontecimientos, y me convení mas que nunca de los peligros que rodeaban la monarquía. Las pruebas de la traicion son innumerables.

Las sociedades secretas habían empezado en Francia desde la última caída de Bonaparte en 1815. La policía descubrió sucesivamente las sociedades del *Alfiler negro*, de los *Patriotas* de 1816, de los *Buitres*, de *Bonaparte*, de los *Caballeros del sol*, de los *Patriotas europeos reformados*, y la de la *Regeneracion universal*. Canciones, discursos, folletos, la corte de Touquet, caricaturas, ediciones compactas impías y filosóficas, todo entró como otros tantos envenenados elementos en esas sociedades disolventes. Unos tomaban parte en ellas á sabiendas, y otros se encontraban envueltos en su accion sin saberlo: no todas conocidas, y las gentes se reían al oír hablar de ellas, y no obstante, su existencia era cierta. Los que no les daban ascenso, pasaban en concepto del público, por hombres juiciosos y de gobierno, en tanto que los afiliados de estas sociedades se burlaban entre sí de estas capacidades privilegiadas y los atrapaban como á unos imbéciles. Vastas conspiraciones abrasaron en 1816 á París, y los departamentos del Ysere, del Ródano y la Sarthe. Estas asociaciones se perfeccionaron en 1820, afiliándose á los *Carbonari*, de Italia, que produjeron en España los *Comuneros*. Las insurrecciones napolitana y piamontesa dieron á conocer mejor estos *Carbonari*, cuyos principios monárquicos en su origen para rechazar la dominacion de Bonaparte, se convirtieron gradualmente en los de los Jacobinos de la Francia.

Las diferentes sociedades mencionadas se fundieron en París en la de los *Carbonari*. Estos estaban divididos en secciones llamadas *Círculos ó Ventas*; había Ventas particulares y Ventas centrales, Altas Ventas y una Venta suprema ó comité directivo. Nadie podía ser admitido al primer grado de la asociacion, esto es, la Venta particular, á no mediar el testimonio de carbonarios aprobadas; era preciso patentizar que se aborrecía la legitimidad, á no ser militar á media paga ó retirado, porque en este caso se consideraban como hechas las pruebas de este aborrecimiento.

La Venta particular no excedía de veinte miembros llamados *Buenos primos*. El que era descubierto, se debía estar *en la ley*. Los diputados de veinte ventas

particulares componían una Venta central; esta se comunicaba por medio de un diputado con al Alta Venta, la cual, á su vez, recibía por conducto de un emisario la orden de la Venta suprema ó comité directivo. Cada *Carbonario* no conocía sino á los miembros de su Venta.

Todo *Carbonario* debe conforme al artículo 55 de los estatutos, *guardar el secreto de la existencia de la Carboneria, de sus signos, de su reglamento y de su objeto respecto de los profanos.*

Artículo 60, título V. *El perjurio, siempre que tenga por objeto revelar el secreto de la Carboneria, será castigado con la pena de muerte.* El crimen se juzga en secreto, y uno de los Buenos Primos es el designado por la suerte para ejecutar la sentencia.

Los *Carbonari* no escribían, y no se comunicaban entre sí, sino verbalmente; se revelaban unos á otros por medio de medias cartas recortadas que se adaptaban á otras medias. Tenían palabras de paso y de orden, señales de la mano y de los brazos; unas veces por medio de la union de los dedos, formaban las letras C y N doble; otras pronunciaban las palabras *Speranza y Fede*, y separaban las sílabas *Cari-tá*.

Las letras C y N doble, significaban Jesucristo y su Padre; la Fé, la Esperanza y la Caridad eran su interpretación misteriosa. Estos ateos marchaban bajo el estandare de los cristianos; todas las revoluciones del globo vienen á colocarse á la sombra de este *lábaro* que ha dado la señal del cambio de las tierras. El carbonarismo venía de Italia, y la Madona saludada por los *Piferari* en los bosques, había presidido á la libertad.

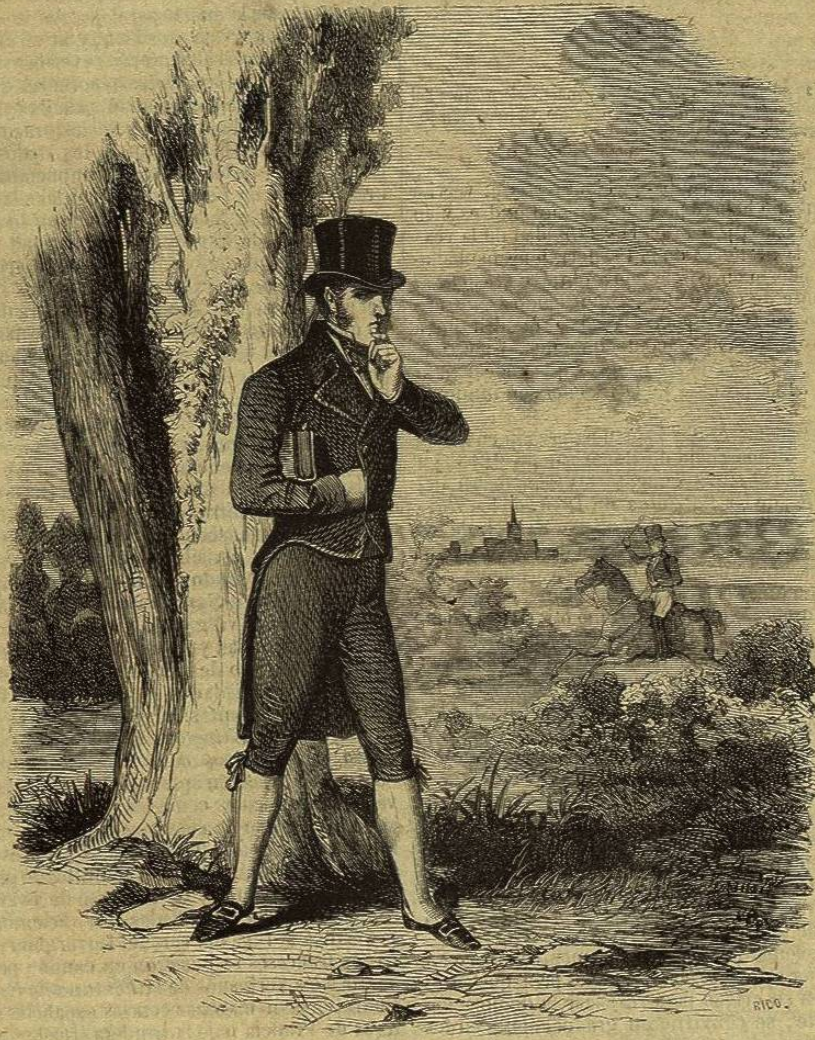
Los *Carbonari* se obligaban á obedecer ciegamente á la Venta suprema, y debían estar provistos de un fusil, de una bayoneta y veinte y cinco cartuchos; tenían además, puñales, é imponían en la caja comun cinco francos al entrar en la sociedad, y un franco mensual. Su número ascendía en Francia á mas de 60.000. Los miembros invisibles de la Venta suprema se ocultaban en el fondo de un santuario impenetrable. Desde este *Santa Sanctorum* enviaban á la muerte á los *Carbonari* vulgares, prometiéndoles derramar ardientes lágrimas y frecuentar su tumba.

En el trascurso de 1821, treinta y cinco perfectos denunciaron sociedades de *Carbonari*. París tenía centenares de Ventas: la *Victoriosa*, la *Sincera*, el *Triunfo*, la *Washington*, la *Besilario*, la *Westermann* y los *Amigos de la verdad*. Manteníanse en cuevas sombrías, en aposentos misteriosos y en desvanes desconocidos como los conciliábulos de las brujas. Una especie de conscriptos para los motines cobraban su paga á la luz del día, y los presos recibían socorros en las cárceles. Los tumultos de julio de 1819 y la conspiracion del 19 de agosto de 1820, empezaron la accion de los afiliados. En diciembre de 1820 se verificó la fuga del coronel Duvergner; los carbonarios franceses se pusieron en camino para ir á socorrer á los hermanos de la *Fontana de Oro*, y desde Madrid debían marchar con los españoles á las fronteras de Francia bajo la bandera tricolor, y á su paso infestaron nuestro cordon sanitario.

Estas Ventas, cuyos misterios eran pueriles á fin de sobrexcitar la imaginacion novelesca de los candidatos jóvenes, tenían por su naturaleza latente y volcánica, bastante fuerza para quebrantar el mundo, y aplicadas al débil tronco de los Borbones podían hacerlo saltar, por fortuna, el carácter frances no es adecuado á las fuerzas secretas, pues no sabemos como los alemanes, reunidos á la luz de la luna en los ruinosos muros de algun antiguo castillo; no nos reunimos en los bosques de los Apeninos, en las cavernas bañadas por las solitarias olas del Adriático como los italianos para soñar en el porvenir; no nos retiramos como los españoles al fondo de nuestras conspiraciones y el silencio de nuestra esperanza bajo las palmeras de

Murcia la *tres veces coronada*. El puñal sobre que prestamos juramento no es sino la brizna de paja de esa feudalidad de nueva especie que nos aclimata ó nos pone en posesion de un perjurio hácia nuestros reyes; para deshacernos de un compromiso, basta romperlo y arrojarlo al suelo: *exfectuatio*.

Desde el mes de diciembre de 1820 hasta el 16 de marzo de 1821, se derramaron muchos cuadales, se estableció una comision militar, se apeló á las armas y abortaron los reconocimientos del general Berton;



CHATEAUBRIAND EN GANTE.

marchar sobre París. Vallée fue cogido y ejecutado; era portador de un escrito cortado en sesenta y tres pedazos. Delon y Sirejeau en Saumur, fueron condenados á muerte. La parte oriental de la Francia debia sublevarse, y un ex-general que respondia del buen éxito de la empresa, recorrió varias provincias y distritos municipales.

En Strasburgo se agitaron algunos cabos y sargentos, y se fundó una Venta en el 45 de línea. Este regimiento salió de París para la Rochela el 24 de enero, pero la conspiracion continuó en el camino y en

los departamentos del Occidente y del Mediodia se vieron minados por los conspiradores, ocurrió el asunto de Belfort, los soldados se vieron sorprendidos cuando bajaban armados, pero todo esto se dispó prontamente. El general Lafayette huyó despues de haberse mostrado por un momento.

En Joigny se verificó la misma maniobra. Cugnet de Montarlot y un oficial de la antigua guardia, hicieron varios alistamientos en la frontera de los Pirineos. En Marsella y Tolon se hicieron preparativos para

la misma Rochela. Al pié de una lista de los nombres de los conjurados se leia: *La sangre pide sangre*, y mas abajo se leian estas palabras: *Puñal, Muerte*. Bories subió al patíbulo. Educados en las Ventas de París, sus compañeros, mudos y consternados se formaron en fila á su paso: sangre generosa, inútilmente derramada é inútilmente deplorada, y á la gloria prometia su brillo en nuestras fronteras

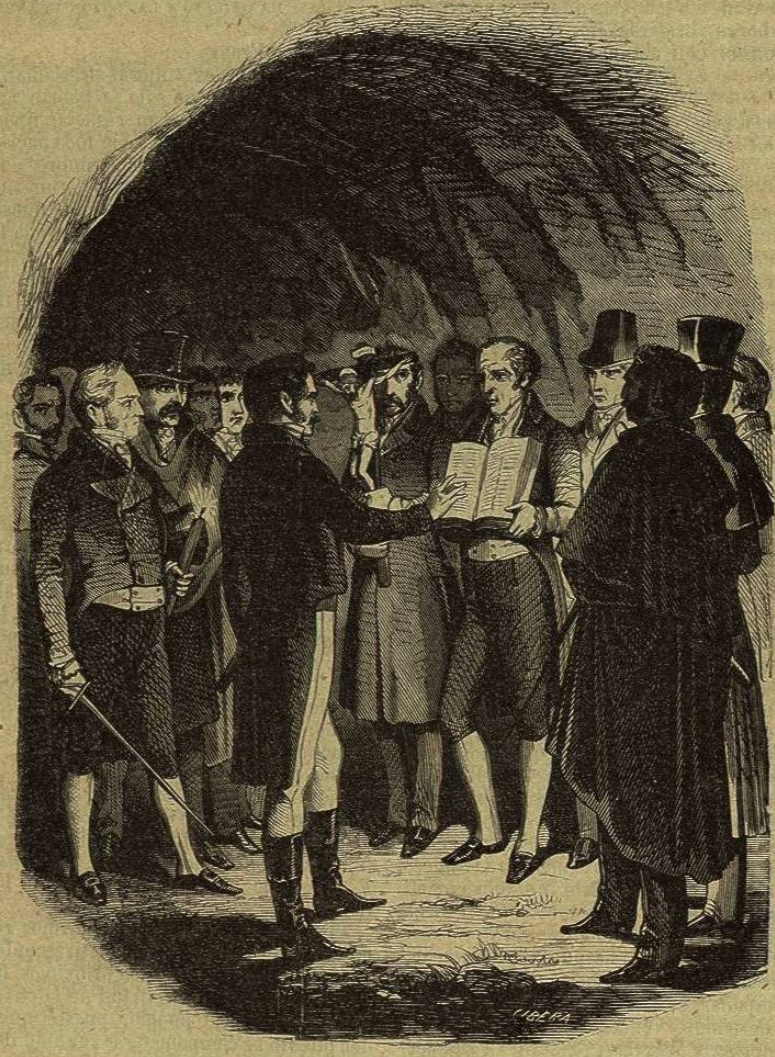
Doloroso ciertamente es que todos los partidos tengan hoy tumbas, y que casi ninguna de estas atraiga la veneracion completa de los hombres. Toda socie-

á quien se intenta matar, mata; represalia natural; pero cuando ha pasado el momento de la conspiracion, no queda ya sino un puñado de ceniza, y como nada ha mejorado en la sociedad vengada, quédale luego la amargura.

Muchos años hacia que la España se habia asociado á nuestras facciones, y habia tomado no se sabe por qué, partido contra la legitimidad; habíase apresurado á imitar nuestras constituciones que, sin embargo no le habian ocasionado sino desventuras. ¿Amaremos

acaso las adversidades por la única razon de que parecen hacernos célebres? El estruendo subyuga la razon humana, y la ilusion de la fama nos despoja del buen sentido.

Hémos visto ya las diputaciones de nuestras Ventas en los asociados de la *Fontana de oro*, y sus tenebrosos trabajos en nuestro cordon sanitario. El *Observador español* en su número correspondiente al 1.º de octubre de 1822, aun antes de la apertura del congreso de Verona; estampaba las siguientes palabras:



JURAMENTO DE UN COMUNERO.

«La espada de Damocles, suspendida sobre la cabeza de los Borbones, caerá muy pronto sobre ellos. Nuestros medios de venganza son de todo punto evidentes. Además del valiente ejército español, ¿no tenemos en ese ejército sanitario diez mil campeones de la libertad prontos á unirse á sus antiguos oficiales y á volver sus armas contra los opresores de la Francia? ¿No tenemos mas de cien mil de estos campeones en el interior del reino, de los cuales veinte y cinco mil por lo menos estan en el ejército y mas de mil en la Guardia Real? ¿No tenemos en nuestro

apoyó ese odio iracundo que las nueve décimas partes de la Francia profesan á los tiranos?»

En el mismo número del 9 de febrero de 1823, se trata de *infame* al gobierno de Luis XVIII, y se dice que un general francés en situacion de cuartel escribe que *el primer cañonazo disparado contra los españoles, será la señal de la caída de los Borbones*. Luis XIV hizo la guerra en la Holanda por injurias menos amenazadoras. Algunas cartas interceptadas descubrieron el plan: tratábase de formar regimientos bajo el pabellon tricolor, y proclamar á Napoleón II

Los ministros españoles aparecen como cómplices de estos planes, encargando únicamente á los conjurados no caminasen demasiado aprisa. El *Observador español*, periódico afecto al gobierno de Madrid, anunciaba positivamente que la emperatriz María Luisa sería invitada á presidir la regencia. Si la invasión se verifica, decía el expresado periódico, veremos cosas sorprendentes.

Un hombre fue preso en Perpignan, y se le hallaron muchos ejemplares de una proclama y un manifiesto en que el partido acaba de poner en evidencia su pensamiento. Hé aquí estos dos documentos que por sí solos desvanecen todas las dudas, si acerca del particular pudieran abrigarse. Los tomamos textualmente del *Monitor* con algunas reflexiones de este periódico.

*Al gran cuartel general del ejército de los hombres libres, en los montes Pirineos, en 1823.*

«Franceses:

«No está lejano la época en que fuisteis llamados por los destinos de las grandes naciones, á enseñar á vuestra vez al mundo entero lo que puede en las grandes almas el amor de la patria y de la independencia nacional; vosotros combatisteis sin cesar con buen éxito la hidra del despotismo armada en contra vuestra, en un solo día, en todos los pueblos de Europa; pero en vano las hordas del Norte, en vano las maniobras maquiavélicas de la soberbia Albion intentaron cansar vuestra constancia y vuestro valor; vosotros asombrásteis con repetidos prodigios de valor á los perversos que se habían lisonjeado, en su orgullo, con la idea de que les bastaría presentarse para imponeros el yugo; y someteros de nuevo al poder feudal; vosotros respondisteis á sus sacrílegos gritos de deber y sumisión, con los gritos sagrados de libertad y patria; vivir libres ó morir, fue vuestra divisa y ella os condujo siempre por los sonderos de la gloria; vivisteis, y vuestros enemigos palidecieron, y el fanatismo y el feudalismo rompieron sus teas y sus cadenas en la sangrienta desesperación de la rabia y la muerte.

«Asombroso espectáculo sería para las presentes y las futuras generaciones, el veros hoy convertidos en ciego instrumento de la tiranía, contra una nación no menos grande que generosa, y que admiradora mucho tiempo de vuestras virtudes, ha resuelto seguir vuestras huellas! ¡Franceses! Nosotros corremos hácia vosotros, no como enemigos, sino como hermanos. Estamos unos en frente de otros y armados. ¿Quién es aquel de vosotros, si se honra con el nombre de francés, que no se estremecerá antes de lanzar el fuego mortífero, que, sea cual fuere el punto contra que se dirija, no puede dejar de herir á un hombre libre?

«Las naciones extranjeras, despues de haberse esforzado por oscurecer vuestra gloria, que ni siquiera han podido empañar, se atreven á imponeros la vergüenza y el deshonor. Vencedores de Fleurus, de Jena, de Austerlitz y Wagram, ¿cederéis á sus pérfidas insinuaciones? ¿Sellareis con vuestra sangre la infamia de que se pretende cubriros, y la esclavitud de toda Europa? ¿Obedeceréis la voz de los tiranos, para combatir contra vuestros derechos, en lugar de defenderlos, y no vendreis á nuestras filas sino para traer á ellas la destrucción y la muerte, cuando os están abiertas por la santa libertad, que os llama desde lo alto de la bandera tricolor que ondea en las cimas de los montes Pirineos, y con cuya sombra desea ansiosa cubrir una vez mas vuestras nobles frentes que ostentan tantas honrosas cicatrices?

«Valientes de todas las armas del ejército francés, que aun conservais en vuestros pechos la centella del fuego sagrado! A vosotros hacemos un generoso llamamiento; abrazad con nosotros la magestuosa causa

de los pueblos contra un puñado de opresores; la patria, el honor, vuestro propio interés lo reclaman de vosotros; ¡venid! que en nuestras filas hallareis todo lo que constituye la fuerza, y ademas, compatriotas y compañeros de armas que juran defender hasta la última gota de su sangre, sus derechos, la libertad y la independencia nacional.

«*Viva la libertad! ¡Viva Napoleon II! ¡Vivan los valientes!*»

*Al gran cuartel general del ejército de los hombres libres, en los montes Pirineos, en 1823.*

MANIFIESTO Á LA NACION FRANCESA.

«Franceses:

Las potencias extranjeras proclamaron en 1815 á la faz de Europa, que solo se habían armado contra Napoleon; que deseaban respetar nuestra independencia y el derecho que tiene toda nación de elegir un gobierno conforme á sus costumbres é intereses.

No obstante, con desprecio de una declaración tan formal, la fuerza armada invadió nuestro territorio, ocupó nuestra capital, y nos impuso la ley de adoptar sin elección, el gobierno de Luis Javier Estanislao de Francia. A consecuencia de tamaño atentado contra la soberanía de la nación, se nos dió ilegalmente un simulacro de constitución con el nombre de carta constitucional, y el mismo poder que nos obligó á aceptarla, ha neutralizado abiertamente en lo sucesivo todos sus efectos.

El odio declarado contra Napoleon, no fue mas que un pretexto de que los soberanos de Europa se sirvieron para ocultar sus ambiciosas miras; la energía de la gran nación era un obstáculo demasiado grande para el restablecimiento del sistema general de despotismo, discutido en el gabinete del rey; era preciso prolongar su acción, y el único medio de conseguirlo era empezar reduciéndola, y luego engañarla y someterla: sobre estas bases ya establecidas, descansó el gran consejo de los soberanos, llamado *Santa Alianza*, que solo puede explicarse por estas palabras: *coaliccion de los tiranos contra los pueblos*. La invasión de la Polonia, la de Italia, y las calamidades que deplora la España desde el regreso de Fernando, y amenazada á su vez de una invasión, son una consecuencia de este principio.

«POR ESTOS MOTIVOS,

Vistos los últimos actos de la cámara de los representantes del pueblo francés del mes de julio de 1815;

Vista la ley relativa á los derechos de la nación francesa, del citado mes, y las constituciones del Estado, que llaman al trono de la Francia á Napoleon II;

Vista la declaración de los mismos representantes en la sesión del 5 de julio relativamente á los derechos de los franceses y los principios fundamentales de su constitución, en virtud de la cual todos los poderes emanan del pueblo, puesto que la soberanía del pueblo se compone de la reunión de los derechos de todos los ciudadanos;

Vista igualmente la declaración de la cámara de los representantes, de dicho día, que establece que el gobierno francés, sea cual fuere su jefe, debe reunir todos los votos de la nación legalmente emitidos, y que un monarca no puede ofrecer garantías positivas si no jura observar una constitución deliberada por la representación nacional y aceptada por el pueblo; que todo gobierno que no tenga otro título que las aclamaciones y las simpatías de un partido ó que sea impuesto por la fuerza; que todo gobierno que no adopte los colores nacionales, arrastrará una existencia efímera y no asegurará la tranquilidad de la Francia ni la de Europa.

Que si las bases establecidas en esta declaración pudiesen ser desconocidas ó violadas, los represen-

tantes del pueblo francés, cumpliendo un deber sagrado, protestan de antemano á la faz del mundo entero, contra la violencia y la usurpación; confían el mantenimiento de las disposiciones que proclaman á todos los buenos franceses, á todos los corazones generosos, á todos los espíritus ilustrados, á todos los hombres amantes de su libertad, y en fin, á las futuras generaciones.

Nosotros, los infrascritos, franceses y hombres libres, reunidos en la cumbre de los Pirineos y en el suelo francés, miembros del consejo de regencia de Napoleon II, protestamos contra la legitimidad de Luis XVIII, y contra todos los actos de su gobierno que atenten á la libertad é independencia de la nación francesa.

En consecuencia, declaramos anti-nacional todo atentado emanado de Luis XVIII ó de su gobierno contra la independencia de la nación española.

«Franceses! Un hombre generoso se ha atrevido á hacer llegar hasta el trono estas memorables palabras: *¡Los pueblos se levantan de las grandes caídas!* Estas palabras han resonado en toda la Francia, y ha sonado al fin la hora en que esta profecía debe cumplirse. ¡Franceses! ¿Obedeceréis la voz de los tiranos que quieren sellar con vuestra sangre el oprobio y la infamia de que pretenden cubriros para castigaros por haber sido grandes, y por haber llevado en el siglo XVIII los primeros gérmenes de su libertad á todos los puntos de Europa? ¡No! Vosotros cedereis á la voz mas poderosa que habla en vuestros magnánimos corazones y os manda reuniros á nosotros bajo las sagradas banderas del honor, y en las que se lee la brillante divisa de *libertad, gloria y patria*.

«Franceses! No desconocéis las intenciones de la Santa Alianza; recordad que en 1792 enseñasteis á la Europa atónita lo que puede una nación que ama la libertad. Nosotros os traemos de nuevo el estandarte tricolor, señal de vuestro despertar, en el mismo momento en que desde las cimas de los Pirineos muchas almas fuertes y muchos brazos robustos lanzan la bomba liberal que va á hacer temblar á los reyes absolutos sobre sus tronos ya conmovidos por la justicia de la opinión pública. Uníos á nosotros para concurrir á honrar de nuevo el orden social. Desde el gran cuartel general del ejército de los hombres libres, os hacemos una llamada unánime. Venid, que aquí solo encontrareis amigos y hermanos, que juran no reconocer y no proclamar como el mas poderoso rey de Europa, sino al monarca mas constitucional. ¡Tales son la fuerza y la voluntad de las luces del siglo!

«Los miembros del consejo de regencia de Napoleon II.»

A continuación de este último documento impreso se encuentra manuscrito y en forma de instrucción la nota siguiente:

«Nota. El presente manifiesto no verá la luz pública, ni tampoco la proclama al ejército, sino al romperse las hostilidades, y solo entonces se publicaran los nombres de los firmantes, pues sería impolítico dar publicidad á estos dos documentos antes de dicha época. Conviene, sin embargo, que las sociedades secretas tengan noticia de ellos, á fin de que obren en el mismo sentido que nosotros, y preparen desde hoy en el interior de la Francia los elementos conducentes al efecto.»

Despues de insertar estos documentos, el *Monitor* añade:

«¿Se desea mayor evidencia?»

Faltaba todavía la última prueba de las conspiraciones, y esta prueba la tenemos ya. La acción debía seguir á la palabra, para patentizar á todo el mundo la sabiduría de nuestras precauciones y la legitimidad de nuestra defensa. Todo el mundo sabe que una turba de tráfugas espera á nuestros soldados á la vanguardia del ejército de Mina; sabemos que un destá-

camento de esa tropa había salido de Bilbao al grito de *¡Viva Napoleon III!* y llevando el uniforme de la guardia del ex-emperador. En fin, ¿contra quién se ha disparado en España el primer cañonazo? Contra unos hombres que gritaban *¡Viva Napoleon II!* ¿Cuál es la primera enseña enemiga que hemos encontrado? El águila y la bandera tricolor.

Estos hechos nunca podran ser destruidos por los sofismas revolucionarios. Nuestro derecho de tomar las armas para combatir una facción que pretende hundirnos de nuevo en el abismo, está demasiado patente, á no ser que se quiera que un gobierno se deje destruir estúpidamente y que espere su caída para demostrar que estaba en peligro.»

Este manifiesto, como en otro tiempo el del duque de Brunswick, era terminante y no dejaba libertad de elección. Yo no necesitaba en verdad de esta provocación directa para decidirme por la guerra, pero de todas maneras es útil á la historia reunir estos hechos diseminados, pues si en un tiempo dado se recordan todavía cosas que se borran, la posteridad sabia por lo menos que el trono de los Borbones tenia todas las razones de porvenir y todos los motivos de actualidad para atacar y defenderse. No puede sufrirse tanta jactancia tan poco sostenida. Pero cuando la Inglaterra decía que no veía *claramente* de qué teníamos por qué quejarnos; que se alegraría de que le explicásemos nuestros agravios y que compareciésemos con la España ante su tribunal paternal, me sentía tentado á arrojarle al rostro la maza de hierro de Clovis.

No mencionaré las tres violaciones del territorio francés antes de la declaración de la guerra, y que hubieran bastado ciertamente para legitimar esta declaración; esas violaciones demostraban el desprecio en que había caído la legitimidad, puesto que hasta los españoles no temían insultarla (1); forzoso, pues, nos era desvenanar la espada ó morirnos de vergüenza.

Y sin embargo, ¿cómo obrar? ¿A qué de peligros no teníamos que hacer frente! El ejército del rey estaba trabajado en todos sentidos. Cuando la guerra se hizo mas probable, los complots se aplazaron hasta el primer fusilazo, en la persuasión de que, una vez al frente de las tropas constitucionales de las córtes, sería mas fácil producir un movimiento entre los soldados franceses. De esto recibia avisos á cada instante; algunas personas que tomaban parte en la conspiración general, pero que me conservaban un afecto particular, no cesaban de escribirme: me pedian citas y me decían: «Segun parece no veis lo que pasa; ¿no veis que este ejército reunido por vos es vuestro enemigo; que estamos seguros del triunfo; que nos reimos al ver que os perdeis como un niño, y que nos burlamos de vuestra candidez? ¿No sabeis que tal general os vende, que tal otro está engañado, y que se le induce á que os sirva para perderos? Nadie quiere ya la restauración; los aliados están secretamente de nuestra parte; la Inglaterra nos es favorable, y se declarará en el momento que pongais el pié en España. Dejad pronto todo esto; presentad vuestra dimisión; alejaos del peligro, puesto que aun es tiempo, y dejad perecer un buque viejo que va á anegarse bajo vuestros piés.»

Capitan, no de nombre sino de hecho, quise perecer con el buque y ser el último que permaneciese en él pero no hice uso alguno de estos avisos contra los que me los daban, persuadido como lo estoy de que no se salva un Estado con medidas de policía. De todos modos, preferia jugar el todo por el todo en favor de la restauración, que vivir atormentado por continuos temores: yo decía de la monarquía de Enrique IV lo que este monarca decía de su persona: «Solo se muere una vez.»

(1) El orgullo nacional del autor traspasa algunas veces los límites de la grosería y raya en lo grotesco.

Los hechos contenidos en el informe de M. Marchongy acerca de las sociedades secretas no pueden ser tenidos por fábulas, hoy que se confiesa su existencia y se hace alarde de ser conspirador. Sabemos por un apreciable diputado que por aquel tiempo pertenecía á las Ventas, que en el momento en que vió la luz pública el informe de M. Marchangy, pareció tan exacto á los asociados, que condenaron á muerte al autor. La persona por quien sabemos estos pormenores se opuso á la ejecución de la sentencia (1). No soy yo quien, al oír los martillazos, viendo levantar el cadalso y aprestar la máquina de muerte, era bastante benévolo para dar crédito á los benignos iniciados cuando decían: «¿Conspiraciones? ¡Qué necedad! Nadie piensa en conspirar; nadie ataca la legitimidad. Lo que os infunde miedo es un teatro que se dispone para una presentación de figuras de movimiento.»

Yo no amaba ni admiraba á los *Fantocini* de 1793. Pero si es cierto que existían estas conspiraciones antes de la guerra de España, también lo es que cesaron con esta guerra. Las fanfarronadas despues de las jornadas de julio acerca de la comedia de los quince años, son satisfacciones de hombres que se creen seguros; en el momento de la caída de la legitimidad nadie conspiraba; ella se precipitó á sí misma con la mayor espontaneidad. ¿No tomó á la cámara en 1830 por una cámara de enemigos? No se trataba sino de elegir á tres ó cuatro hombres que rabiaban por ser ministros, y que para serlo tenían los talentos necesarios. Hé aquí lo que la legitimidad nunca ha querido comprender: la susceptibilidad harto natural de sus desgracias la obliga hoy á admitir la existencia de conspiraciones imaginarias que la consuelan y la excusan.

Es preciso distinguir las fechas: en el mismo grado en que las maquinaciones se vieron desconcertadas al fin de la guerra de España, eran amenazadoras al principio de esta guerra. Estoy persuadido de la existencia de la conspiración cuyos vestigios indicó el envío del águila á Bayona; era falsa relativamente á las elevadas personas á quienes se quería atribuir, habiéndose servido de su nombre respetable; era verdadera en cuanto á la realidad de su existencia, y se obró prudentemente al no profundizarla. El canonazo del Bidasoa cambió las conciencias; porque el peso de una bala venturosa no está de más hácia el lado de la fidelidad. Los franceses que prometían la proclama se presentaron en las orillas del Bidasoa: engañados por la fortuna y por sus amigos, habían esperado ver la bandera blanca bajarse ante la bandera tricolor, y los siglos inclinarse ante su juventud. Si aquellos hombres llenos de energía, entre quienes encontré despues un amigo, cayeron en un encuentro funesto, no fue sin honor, por que el honor se acrecienta con la adversidad. No decimos que aquellos á quienes la fatalidad arrastra á pelear contra su patria, son unos miserables, puesto que en todos tiempos y en todos los países, desde los griegos hasta nosotros, todas las opiniones se han apoyado en fuerzas que podían asegurarles su triunfo. Un día se leerán en mis *Memorias* las ideas de M. de Malessherbes acerca de la emigración. No conocemos en Francia un solo partido que no haya tenido hombres en suelo extranjero, entre los enemigos, y marchando contra la Francia. Benjamin Constant, ayudante de Campo de Bernadote, servía en el ejército aliado cuando entró en París, y Carrel empuñó las armas en las filas españolas. La causa no cambia la cuestión; con la causa se justificaria todo; cuando se dice que se combate por la libertad ó por el orden, siempre se incurre en un error, ó siempre se tiene razon.

(1) Véanse ademas, por lo que respecta á las *Sociedades secretas*, las confesiones de M. Andrijanc, al principio del primer tomo de su interesante obra titulada: *Memorias de un preso de Estado en el Spielberg*.

## XXXVIII.

Cuestiones confundidas.—Objeciones contra la guerra de España.—Respuesta á ellas.—Estado de la península en el momento del paso del Bidasoa.

Los abversarios de la expedición de España han confundido constantemente dos cosas, la cuestión *francesa* y la cuestión *española*: aun cuando la segunda no hubiera sido resulta tan felizmente como la primera, unos ministros *franceses* no eran responsables á la opinión *francesa* sino del honor y de la prosperidad de la Francia. Volveré á ocuparme de este asunto.

Tratábase de sublevar nuestros pueblos y nuestro ejército; era preciso optar entre una guerra y una revolución; la primera pareció menos dispensiosa: por una antigua experiencia se sabe ya que la gloria cuesta menos á los franceses que los infortunios.

La guerra no ha sido injusta; teníamos el derecho de emprenderla, porque nuestros intereses esenciales estaban en peligro.

No permita Dios que yo considere las calamidades de un Estado como cosa insignificante; malditos sean los hombres que violaron el derecho de las naciones, obtuviesen la prosperidad de su país á espensas de la prosperidad de otro! Era un deber nuestro el evitar á los españoles los males inseparables de toda invasión militar. Nada me habia ocultado á mí mismo: sabia que nuestros triunfos debían tener para el pueblo de Carlos V tantos inconvenientes como nuestros reveses; pero en último resultado, al salvarnos le librábamos del mayor de los azotes, de la doble tiranía demagógica y soldadesca. ¿Pudiera ponerse en duda esta verdad? ¿Hemos sido recibidos en Madrid como enemigos ó como libertadores?

¿Cuál era el estado de la península en el momento del paso del Bidasoa? ¿Era acaso un país tranquilo y feliz al que íbamos á llevar el desorden, bajo el pretexto de ponernos en seguridad contra un mal imaginario? ¿No se extendía la guerra civil hasta las puertas de la capital? ¿No estaba en armas Cataluña? ¿No estaba amenazada de un sitio Valencia? ¿No estaba sublevado el reino de Murcia? ¿No se trataban combates en las calles de Madrid? La anarquía constituida, la insurrección en los campos reconocida como derecho, el heredero del trono puesto en acusación, las cárceles forzadas, los presos degollados, las propiedades invadidas, los sacerdotes deportados ó ahogados, los ciudadanos desterrados, los clubs predicando la matanza y el terror, las sociedades secretas removiendo y corrompiendo todo, las colonias perdidas, la marina destruida, la deuda nacional aumentada de una manera espantosa: hé aquí la España bajo el reinado de las córtés.

¿Direis que importaban poco la acusación del heredero del trono, la matanza de los curas y todo lo demás? Segun vosotros, el género humano debía marchar; tanto peor para los que fuesen arrojados al foso ó aplastados en el camino. Lo comprendemos. Pero yo, mandatario de la Francia, queria ante todo que la Francia *marchase*, y estas atrocidades llamadas *útiles*, la impedían marchar á su resurrección. Pero es el caso que lo que vosotros tomáis por un progreso, era una bajada á un pozo de sangre; ¡felices vosotros, si, habiendo salido de esta caverna de asomatos, despues de un siglo de esfuerzos, no inspiráseis horror! ¿Qué hemos ganado en 1793? El directorio, Bonaparte, la restauración, el mejor de nuestros tiempos de descanso, si hubiese sabido, salvarnos salvándose á sí misma.

¿Hemos usado de nuestra influencia para dar instituciones á España.

Antes de tener tanto amor á las instituciones de los demás, preciso seria dárselas buenas á sí mismos y

no cambiarlas de ocho en ocho dias. Hemos manifestado nuestra opinion respecto del pueblo español y respecto de su escasa estimación hácia nuestras libertades escritas y votadas; ¿convenia al gobierno francés hacerse propagandista de estas doctrinas, buenas á los ojos de unos, malas en concepto de otros, imitar á la Convención ó á Bonaparte, la una que derribaba repúblicas para hacer nacer la anarquía en el círculo de sus prisiones y cadalsos; el otro, que engendraba déspotas para multiplicar la tiranía en la extensión de sus campos de batalla?

Yo deseo á España lo que deseo á todos los pueblos: una libertad medida sobre el grado de educación de estos pueblos: la ilustre patria de tantos grandes hombres hallaria en el restablecimiento de sus antiguas córtés recursos inmensos. Un cuerpo político de lo pasado, paulatinamente modificado por las nuevas costumbres, me parecia bastante poderoso para proteger á los ciudadanos, crear la administración, fundar un sistema económico y devolver la fuerza á esta noble nación, agotada por su heroísmo. Sin embargo, la Francia no estaba llamada á decidir en esta materia; dichosa con sus propias libertades no podia hacer otra cosa que predicar el ejemplo.

¿Hemos usado por lo menos del derecho de consejo? ¿Existe algun documento que pruebe la moderación de los principios en que el gobierno francés se ha mantenido respecto de la política interior de España?

La carta de Luis XVIII á Fernando os dará la respuesta. En materia de concepción y de prevision independiente, nadie puede acusarnos. El siglo avanza la democracia aumenta sus fuerzas; y si los caracteres en decadencia pueden sufrirla, los reyes, al sonar la hora providencial, abdicaran voluntariamente ó se verán precisados á retirarse. Si los pueblos corrompidos, sin dejar venir los dias y sin escuchar á nadie se precipitan de alto á bajo, lejos de caer en la libertad se abismaran en el despotismo, y por colmo de calamidades este despotismo no será permanente.

## XXXIX.

Es llamado el conde Lagarde.—Ministerio y periódicos españoles.

Tales fueron los antecedentes de la guerra de España.

Al entrar en el ministerio, escribí, como es costumbre, cartas para anunciar á las diferentes córtés mi nombramiento, y para declararlas también, segun la costumbre establecida, que nada habia cambiado en el sistema político de nuestro predecesor. Dirigí una palabra particular á M. de Gentz, pues conocia su influencia en el espíritu de M. de Metternich, y sabia que la principal contrariedad procedería para mí del gabinete de Viena.

Cumplidas estas formalidades diplomáticas, hice venir de Madrid al conde de Lagarde, que, habiéndose puesto en camino el 30 de enero, llegó el 3 de febrero á Bayona. Los representantes de los aliados habian pedido ya sus pasaportes.

El general San Miguel respondió en una nota alta-nera á los enviados de la Rusia, la Prusia y el Austria; esta, no obstante, dejó un cónsul en Madrid. El rey y las córtés se apresuraron á aprobar la nota del ministerio, y el *Universal* del 13 añadió: «Pedís vuestros pasaportes, señores. Sea en buen hora; ¡feliz viaje! Lo que nos aflige profundamente es que S. E. se haya creído obligado á tratar de *impolítico* al embajador de Rusia, pero, por otra parte, debemos reflexionar que seria demasiada exigencia el pretender que un kalmuco fuese tan bien educado como un habitante de los países civilizados de Europa.

»En fin, este es negocio concluido; buen viaje, y

¡Dios conceda un hermoso tiempo y un buen camino á la trinidad diplomática! Lo que debe consolarnos de tan sensible pérdida es la llegada de lord Sommerset que es esperado en Madrid de un día á otro, sin contar el general inglés Roch, que ha llegado hace tres dias. Vendrá un tiempo en que la Europa, y principalmente la Francia, podran hablar y acusaran la inepta y criminal conducta de los gobiernos que han obligado á la España á estrechar mas y mas los lazos que la unen á la Inglaterra.»

Es preciso perdonar á la España, país de novelas y romances, el que se crea civilizada, siendo asi que no tiene ni caminos reales, ni canales, ni posadas; ¡á la España, que vive en sus soledades! En efecto, yo la hallé muy civilizada en 1807, porque llegaba de Berbería, me entretenía en escuchar á dos pobres niños desnudos cantarnos una larga canción en un camino montañoso entre Algeciras y Cádiz; me complacia en ver hacer manteca por primera vez en Granada, antes de ir á perderme en la Alhambra; me entretenía en sentarme al lado de unos delante de un ancho hogar en Andújar, mientras mi criado me compraba en la carnicería un pedazo de carnero. Soñaba con Pelayo, con el Cid de Burgos y con el Cid de Andalucía, con el caballero de la Mancha y sus leones, con Gil Blas y el arzobispo; y todo esto me embelesaba, mientras fumaba un cigarro, viendo á los toros acometerse en el campo, y escuchando las lejanas armonías de una bandurria. Los moros que robaban hermosas cristianas y que morían en las márgenes de los rios, Rolando, Guillermo el chato; las justas de Sevilla y las mezquitas de Córdoba se presentaban alternativamente en mi memoria. Pero, español, tú eres poeta y no eres mas civilizado que yo: mal que pese á tus instituciones liberales vivirás como poeta; pero no como sucesor de Mirabeau. No valemos ni tu ni yo un kalmuco por lo tocante á la civilización. Hablamos de nuestros rios, de nuestros valles de nuestros claustros, de nuestras bellas artes de un momento en que todavía se ven huellas en los desiertos: callemos por lo tocante á las demás cosas. Rinconete y Cortadillo nos enseñan que *cada cual sirve á Dios en el estado á que ha sido llamado*.

Por lo tocante á Inglaterra, de la que habla el *Universal*, no necesita que los demás gobiernos la ayuden para estrechar sus relaciones y mantener sus tratados con España: sabe muy bien cómo ha de manejarse para conseguirlo. Ultimamente, creyó tener que reclamar alguna cosa: no se paró tontamente á considerar si el gobierno español tenia ó no tenia colonias, ni el estado de su hacienda, ni si habia quedado ó no desolada por Bonaparte, ni si podia ó no temer una guerra con Europa: la Inglaterra no hizo mas que pedir simplemente y amenazar que perseguiria á la marina española si no le pagaban en el acto. Para demostrar mejor su horror á la intervención, reconoció en 1821 el pabellon de las colonias españolas, y se propuso reconocer su independencia por mas que las córtés no quisieren oír hablar de ese particular. El separar el nuevo mundo español del antiguo, no se llama *intervenir* en concepto de la Inglaterra.

Por último, las gracias del *Universal* eran indudablemente del mejor gusto; no les faltaba mas que una sola cosa: cuando Pichegru escribía á un general austriaco. «General, cedéme el puesto, de lo contrario os atacaré y batiré;» Pichegru cumplia su palabra; pero el no esperarnos en Madrid, y el irse á Sevilla deseándonos *buen viaje*, ¿no era exponerse á que le devolvieran á uno su deseo?

## XL.

Periódicos ingleses.—Divídese la narración.

En tanto que la cuestión no pareció enteramente